

Fundado entre dos mares, apuntando a dos continentes, discutido por dos soberanías, el Peñón de Gibraltar alberga una comunidad mediterránea sui géneris. Ante la inminencia de la reapertura de la frontera española —coincidiendo con la posible llegada de David Owen a Madrid—, el Gibraltar aislado se abre al viajero como una inesperada isla mediterránea, rebosando color.

GIBRALTAR: UNA ISLA MEDITERRANEA

FERNANDO GONZALEZ

A unas doscientas yardas —en la nomenclatura local— del aeropuerto sobre el que se despliega la bandera británica, y que se extiende a ambos lados del istmo de Gibraltar, se alza una verja. De mar a mar, coronada con alambre de espino. En primer término, para el observador situado en Gibraltar, asoman en territorio español las viseras de los **bunker** para ametralladoras, hoy abandonados. Después, la garita en la que un soldado español mantiene firme el Catme. Se extiende más adelante la llamada **tierra de nadie**, cubierta en gran parte por rastrojo y, finalmente, otra alambrada, tan española como la anterior. Tras ella, ya en plena zona turístico-industrial de la bahía de Algeciras, se alza la mole de un moderno bloque de apartamentos, rasgando el paisaje con sus tonalidades naranjas. El conjunto es desarmonico, semihabitado y con una descarada tendencia a parecer un **bunker**, lo que le da un cierto "camouflage" con la ambientación castrense circundante. Al fondo, el brillo albo y reconfortante del caserío y las nuevas aglomeraciones urbanas de La Línea.

Los sábados y —con certeza— los domingos se llegan a ambos lados de la verja familias de gibraltareños —**llanitos**— de una parte y de gentes de La Línea, San Roque e incluso Algeciras de otro. Utilizan megáfonos para salvar la distancia de la "tierra de nadie", señales acústicas no muy potentes, pancartas y pañuelos de diversos colores, respondiendo a un código prefijado. Otros simplemente se agarran a la reja y permanecen inmóviles para hacerse visibles al otro lado. "Tóo bien grasiaadió... ¿y er Güllí?". Los comunicantes responden con su esquema de gritos asumidos ya como lenguaje normal. "Bien, bezos dar Miquel pala abuela".

A lo largo de la tarde se va perdiendo interés, y ya comprobado el rito de que nada anormal sucede en ambos costados de las verjas —separadas unos trescientos metros entre sí—, marchan unos, camino de La Línea (teniendo como fondo las estribaciones de la serranía de Ronda) a la taberna. Otros retornan al Peñón, mientras los oficiales de la RAF pasean sus mostachos en las instalaciones del aeropuerto. Van a uno de los ciento treinta y cinco **pubs** que se han abierto en la Roca, tras el cierre de la frontera, en 1969.

Los gibraltareños no parecen preocuparse por el hecho insólito de que una presión política ejercida en el franquismo haya desarrollado, en definitiva, una inesperada muta-

ción geográfica. Han pasado a ser de una península localizada al extremo Sur de España a una isla mediterránea. Las oficinas de turismo locales se anuncian en Londres con un significativo "slogan": "GIBRALTAR, donde el sol es mediterráneo, la lengua inglesa y una libra es todavía una libra". El proceso de introversión a que se vieron forzados los gibraltareños —que no son, como después veremos, "los ingleses"— dio como resultado la reconversión de la Roca en una isla turística, más en consonancia con las Bahamas que con la Costa del Sol española, de la que la separa una verja, y, sobre todo, una mentalidad pragmática: la filosofía britanzante que ha actuado a lo largo de más de doscientos cincuenta años.

Tras los adioses en la verja, los gibraltareños, después de atravesar el aeropuerto y las antiguas fortificaciones finiseculares, hoy ajardinadas, embocan Main Street ("la calle real") y se esparcen por las callejuelas enjaibegadas, donde una improvisada decoración (las tuberías y bajantes de las viviendas al exterior están pintadas de rechamantes colores) juega la ilusión al viajero de que se halla en Chelsea. Los **llanitos** (pipa aromática, camisa americana, zapatos británicos de puntera metalizada) van a los **pubs** de Park Lane, Bomb House Lane o a las proximidades de **Cathedral Square**, para beber cerveza tibia en gruesos jarros. Los locales poseen

sonoros nombres, como "Fox an Hound" o Harry's Bar. Al anochecer en sus viviendas (la mayoría arrendadas al Ayuntamiento, las **Council Houses**), conectan su televisor en color (el índice es posiblemente el más elevado de Europa) para ver el programa español (preferentemente fútbol o telefilms) o, si éste no es de su agrado, conectan la TV Gibraltar con noticias locales y telefilms británicos. Algunos que viven hacia Punta Europa pueden alcanzar, a su vez, la televisión marroquí.

La comunidad de Gibraltar, compuesta por unas veinticinco mil personas (independientemente de la guarnición inglesa, calculada en unas diez mil), parece tomarse con británica parsimonia el **bloqueo** español. El viajero que se llega a Gibraltar —al que se accede en la mayoría de los casos a través de Marruecos— parece impregnarse de esta tranquilidad ambiental. En las laderas de la cuasimítica Roca se desarrolla una vida tan lejana —y próxima a la vez— a la española que el viajero ha de sentirse transportado a algún fragmento de historia británica, salpicada de la necesaria picaresca mediterránea. Los gibraltareños forman, como los monégascos, los malteses o incluso los sicilianos, una matizada comunidad. No les une una raza, ni el idioma, ni tan siquiera un sentimiento nacional. Acogidos al pabellón británico, forman una interesante mezcla de tipos asentados,

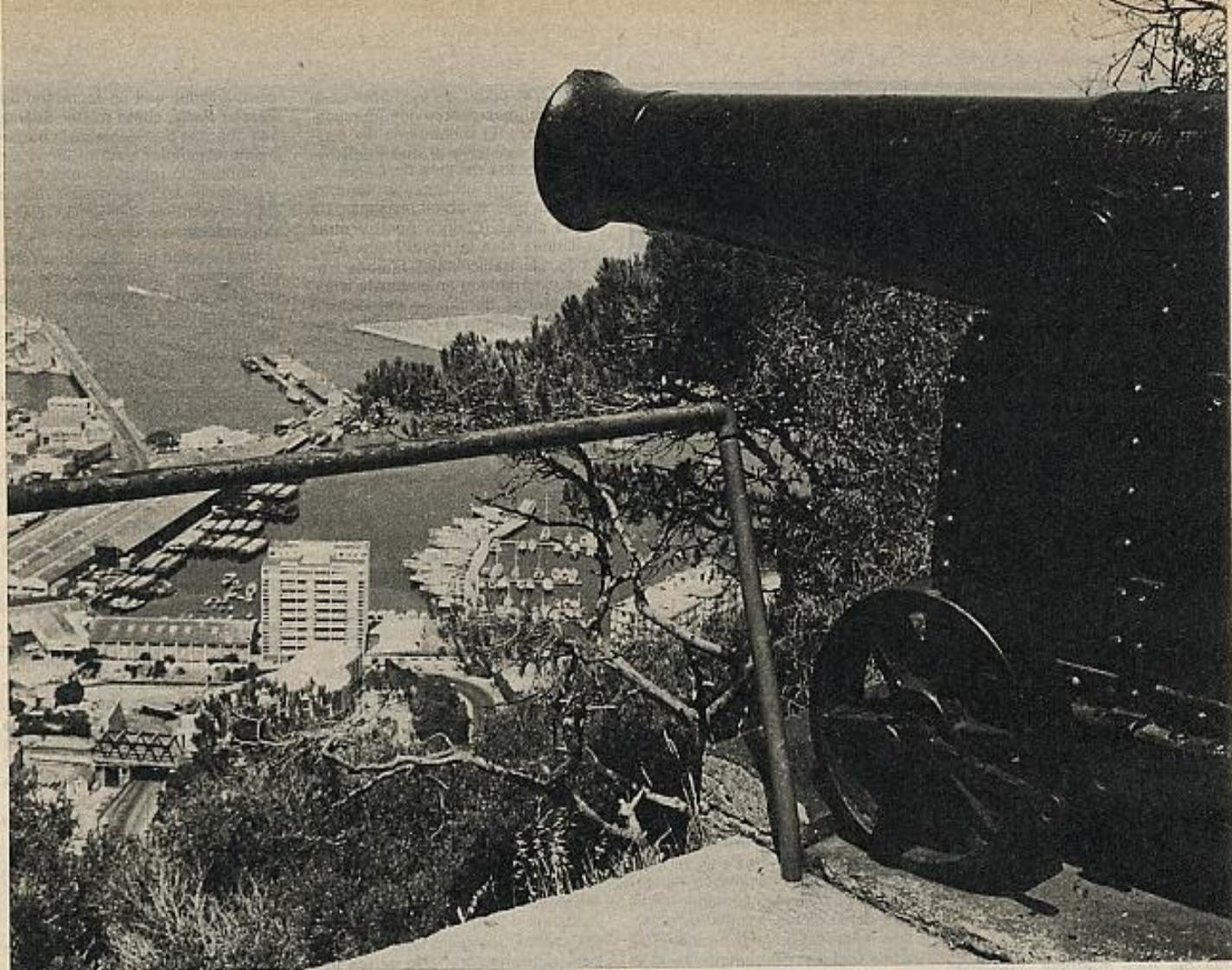
casi colgados en equilibrio inestable, en las inaccesibles vertientes del Monte Calpe. Genoveses, judíos sefarditas, malteses, ingleses, indios, portugueses, marinos y nómadas se agruparon junto con algunos españoles de la costa. Desde 1704, bajo la característica de la tolerancia, un poco distante como acostumbra a ser la británica, estos grupos de marginados encontraron acomodo en las caletas del Peñón.

"Dehde hase mah de do ciento año, mi familia de genoveza vive en Gibraltá", asegura un **llanito** mientras saborea un "drink" —en las horas toleradas para alcohol— en Harry's Bar. Los gibraltareños hablan un inglés correcto —resultado de la escolarización británica— y un español como los andaluces de la costa, entreverado de caló. "Llegaron en zu barca, a vela y ze establecieron en Catalan Bay" —explica el nieto de los genoveses—. "¿Quién é er español que noh va a liberá y de qué?". A ambos lados de la verja, cerrada por el franquismo, existen dos mundos difíciles de compaginar. Y, sin embargo, la población gibraltareña tiene lazos en La Línea o San Roque. Matrimonios, parientes, amigos, todo un proceso de entendimiento desarrollado en la época de trabajo de los españoles en la Roca.

Lo que en principio había sido una convivencia estable, sufrió un proceso de degradación sistemático. "Tóo empezó con la visita de



Los monos son —bajo el criterio de la Royal Navy— excombatientes. En la fotografía, la fragata "Birmingham" en el Arsenal.

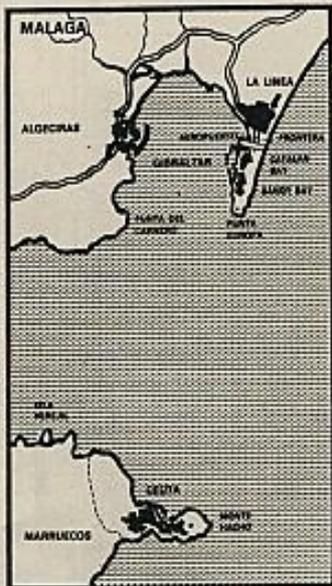


A caballo entre la montaña y el agua, la población se extiende en terrenos ganados al mar.

'Queen Elisabeth', en 1954", aclara un funcionario del gobierno local (ubicando, poblados mostachos unidos a las patillas como es usual en los antiguos miembros de la RAF). "Loh faczihtah ezpañole empezaron otra vé con lo de tomé er Peñón". En esos momentos trabajaban en Gibraltar más de quince mil españoles. Se hace necesaria la inevitable referencia al Tratado de Utrecht, en 1713. "Loh española zedieron la propiedad a loh Ingleses ¿That is'nt right?". Algunos oficiales de la guarnición, del Regimiento de los Green Jacquets, asientan a la argumentación de los llanitos. Se habla de que existe en Gibraltar una familia deseosa de integrarse a España, pero resulta imposible de localizar. Cuarenta y cuatro personas votaron a favor de España en el referéndum. "¿I España quería algo de nozotro, ¿por qué no traho maestro?". La pregunta se pierde entre los jardines que rodan a las tumbas de la batalla de Trafalgar. "A Nelson le enviaron a Inglaterra en un barril de ron", especifica un miembro de la comunidad de origen israelita.

La reconversión de Gibraltar en una isla mediterránea se lleva a cabo a partir de 1969. "Noh cerraron la frontera, er teléfono y azta er oxígeno para el hospítá", aseguran ya sin rencor. "¿Ez que dohcientoh cincuenta año no dan derecho a vivir in The Rock?". El aislamiento ha

sido positivo para la economía local. "Graciah er faczihtmo de Franco hemo conseguido una unidá como nunca". Un proceso imaginativo en



el que hay que reconocer una interesante dosis de creatividad y pragmatismo británico penetró en esos años en el Peñón. La multiplicación de plazas hoteleras corrió pareja al remozamiento de la vieja ciudad. Flores y cal (los dos elementos

esenciales en la arquitectura exterior andaluza) fueron compaginados con "fraileros" de madera repintados en colores inquietantes (azul, malva, verde, fucsia). La combinación de todo el arcoiris inglés con la austeridad mediterránea produjo una insólita ciudad, plagada de muestras comerciales que, a manera de lanzas, se atraviesan en las calles. "The Queens Pot", "Fulton, established in 1893", "García, Ltd.", "Aaron and Levi", alternan con nombres indios, como es habitual en el Norte de África.

Aleros, tejados y miradores sufrieron una precisa y estética transformación. Fueron de nuevo retocados los "glas-window", en los que se entremezclan tiestos y plantas exóticas. Las calles, escalonadas, asimétricas, que trepan con increíble audacia por la cara de poniente, guardan en la contrahuella los rutilantes colores de la enseña de la Union Jack. Por las esquinas patrullan los Bobies —hieráticos policemen—, que se manifiestan bilingües y —en la mayoría de los casos— han asimilado ya palabras suficientes para entenderse en árabe y francés.

El esplendor de Gibraltar estuvo marcado, en los momentos anteriores al cierre de la frontera, por el Rock Hotel, situado en una de las arboledas que dominan el puerto, a media ladera, casi en el límite con las instalaciones militares. Próximo a él, el casino de juego languideció

con el cierre. Posteriormente, la oligarquía concurrente al Puerto Banús estimó que resultaba agradable el viaje en yate para jugar "sin testigos" en el casino de Gibraltar. "Gracias a Franco, que intentó ahogarnos, conseguimos un turismo selecto, sin alemanes, ni campistas", comentan irreverentemente en la sala del Baccarra. Hoy existen otros hoteles increíblemente encaramados en las calas roqueras, como El Caleta, en Catalan Bay, o el Both Worlds en Sandy Bay, al que se llega tras un arriesgado túnel que perfora la Roca para asomarse a levante. En unos antiguos terrenos militares se alza ahora el Holiday Inn, que incluye todas las vulgaridades lujosas que caracterizan a la hostelería norteamericana. Situado en una plazuela, Grosvenor's Parade es el único edificio que desentona, entre las severas líneas de la iglesia escocesa y los viejos caserones donde se alberga el periódico local: The Gibraltar Chronicle, fundado en 1861.

Pero el cierre de la frontera supuso uno de los más graves quebrantos para la Roca. En Gibraltar escasearon las verduras y la mano de obra. Ambas cosas se podían localizar en los zocos marroquíes y allí se fueron los llanitos. El papel de los españoles fue representado posteriormente por los habitantes de Tánger, cabilas del Yebala, Tetuán y Rincón el Medik. Una vez

GIBRALTAR

más, la comunidad gibraltareña hizo gala de su elasticidad. La Roca engulló en su seno las diferencias y racismo ocultos que presentaba el trabajo masivo de los marroquíes. A los ocho años del primer desembarco de norteafricanos en Gibraltar, la población ha asimilado perfectamente su presencia. Al fin y al cabo, muchos años antes, en el 711, Tarik desembarcaba en el Monte Calpe —al que rebautizaba con su nombre Yebal [Montaña] Tarik, Gibraltar— y fortificaba unos montículos en la cara de poniente, a sotavento del monótono levante, que sopla con excesiva frecuencia. Aun ahora, sobre las almenas desdentadas de su Torre de Homenaje, ondea la bandera británica como "moderadora". La Roca tenía un pasado musulmán.

Algunas familias de llanitos, además de las británicas de guarnición en la Roca, viajan los sábados a Tánger. El viajero que aborda Gibraltar desde el puerto tangerino sufre una reconfortante experiencia ya casi en el momento en que accede a la escalerilla del "Mons Calpe", un viejo "ferry" con matrícula de Londres. La oficialidad de a bordo ("short" y camisa "colonial", medias blancas, aire distante y la inevitable pipa entre los labios) mantiene un sustancioso juego humorístico con el pasaje. El ritual se basa, en gran parte, en la consabida entereza británica ante la adversidad, llevada a su extremo más cómico. Los pasajeros aparecen cargados con lo más selecto en verduras del zoco marroquí. Solemnes caballeros que despliegan *The Times*, *The Daily Express* o la sección de palabras cruzadas del *Sunday Times* se deshacen en exclamaciones de asombro cada vez que alguna de las damas muestra una ristra de ajos, una cebolla de dimensiones excepcionales o un manojo de perejil con aspecto inequívocamente fresco. "Nice, mistress Bradford", comentan, y se enfrascan de nuevo en la inacabable lectura del *The Times*. Democráticamente entremezclados, pasean por la cubierta turistas (vuelo charter desde Londres incluyendo un día "in the exotic seaport of Tanger, watching the snake charmers in the Kasbah"), braceros musulmanes, incorporándose rápidamente a la tecnología, lo que demuestran patentemente luciendo el último modelo de Seiko "masterproof" en la muñeca, y gibraltareños que han de efectuar un terrible rodeo (Gibraltar-Tánger-Algeciras-La Línea) para conversar con sus familiares.

Cuando se "atraviesa" el levante, la distancia entre Tánger y el Peñón se alarga a dos horas y media, tres y hasta cuatro. A bordo se hacen bromas sobre la lentitud del "Mons Calpe", que ya antes, con diversos nombres, prestó servicio en el Mar del Norte y en viajes regulares a la isla de Man. La apertura del servicio de bebidas —siguiendo la compleja rutina británica— crea revuelo de bebedores. El whisky y la cerveza, así como el tabaco, son baratos, bastante más



La sede del "Gibraltar Chronicle", en la Governor's Parade.

que en España. El viajero impaciente utiliza el pequeño avión de Gibraltar, que en un cuarto de hora une dos veces al día Tánger y Gibraltar.

En realidad, el Peñón —comparable al Pão de Açúcar, en Brasil— es un gigantesco caparazón en cuyas entrañas encubre una basta red de servicios militares y civiles. Diversas galerías e incluso depósitos de agua se alojan en el interior. "Tóo dentro pa mantener el paizaje", aseguran en las proximidades de Punta Europa, en donde se ve realmente el cruce de ambos mares. Desde el bloqueo, Gibraltar tiene tres depuradoras (potabilizadoras). Dos militares (Royal Navy y NATO) y una civil. La más potente, la de la

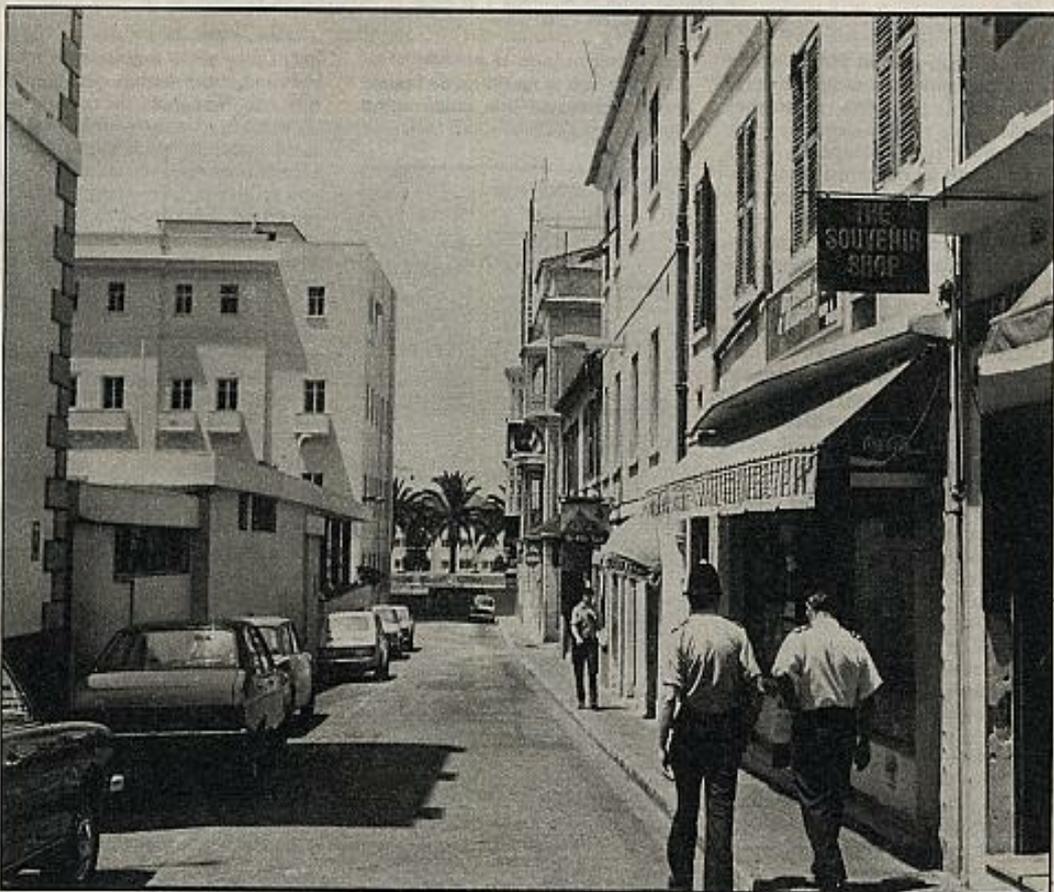
NATO, se oculta en el interior de la proa del macrobarco que representa la Roca. El sobrante de agua salada se devuelve al mar mediante una cascada de más de cincuenta metros, entre un roquerío abrupto, y a sus pies se abren piscinas para usos civiles (Council Pool) y otras militares para la Royal Navy. Además, las tradicionales rampas (zonas sin arbolado en ambas laderas, recubiertas de chapas metálicas o cemento, según la consistencia del terreno) recogen el agua de la lluvia, incrementando las reservas de los depósitos.

El aprovechamiento integral de cada centímetro cuadrado del terreno no ha impedido que en las cumbres se hallen espesos bosques, a los que es tradicional ascender en los "week-end". Pettechados de short (la prenda de uso más generalizado en el verano), "los ingleses", es decir, los funcionarios y militares destinados en Gibraltar, ascienden a pie por los caminos arbolados con una pendiente tal que más que un paseo supone una escalada. A partir de cierta altura aparecen los monos, los Barbary Apes, a los que se dispensa un tratamiento de lujo. "Cuando un ape está enfermo, va ar hospital de la Royal Navy", asegura solemnemente un miembro del Gibraltar's Regiment. Los monos, según la tradición, actuaron a favor de los ingleses, denunciando con sus gritos la presencia de las tropas españolas. "Zon ezcombatentes, sir". Ante la sorpresa del viajero por tales consideraciones (alimentación, cuidados y "seguridad social") para los monos, los gibraltareños replican irónicamente. "¿No ez má in-

comprensible que un secretario del Fascist Party, como mister Suárez, sea ahora er prezidente de la democracia española?". Ante temas tan profundos, la regalona complacencia con que son tratados los monos de las cumbres del Peñón pierde importancia.

La situación ha adquirido un difícil equilibrio. La presencia de marroquíes en el Peñón presenta una doble, faceta de ventajas e inconvenientes. Pero, en general, el marroquí se pliega —por una concepción sumisa de subdesarrollado— al "orden" británico. Si retornasen los obreros españoles, las circunstancias serían diferentes (mayores salarios, más reivindicaciones, otra plataforma cultural desde la que exponer sus quejas, apoyo de los partidos y centrales sindicales españolas, algunas, como la UGT, en evidente contacto con la Transport and General Workers Union, vinculada al Labour Party). Ante esta eventualidad, posiblemente el pragmatismo gibraltareño se inclinase por "continuar" con los marroquíes que, los fines de semana, presentan la indudable ventaja de abandonar la Roca en expediciones masivas. "In the Week-end, the Rock is ours, sir", afirman llanitos e "ingleses". En el caso de estar abierta la frontera, las oleadas de españoles invadirían Gibraltar, transformando los usos isleños de la comunidad.

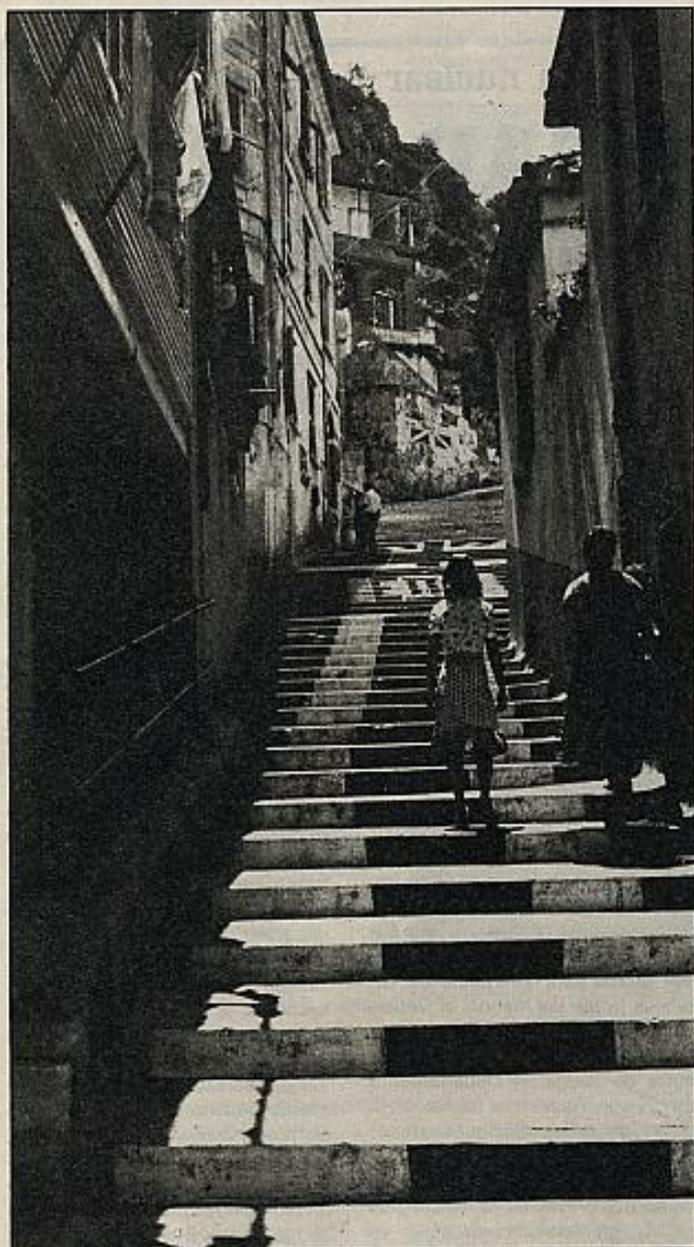
Profundamente extendida la creencia de que "mister Oreja abrirá la frontera cuando, en septiembre, mister Owen llegue a Madrid", se plantean en estos momentos para los gibraltareños diversas op-



Los Bobies patrullan por las calles para mantener el "orden británico".



A pocas yardas del aeropuerto se alza la mole del Peñón, perforado en su interior.



Algunas calles, escalonadas, trapan audazmente por la cara de Poniente; en la contrahuella resaltan los colores de la Union Jack.

ciones: Integrarse en España por las buenas (opción que cuenta con una exigua minoría, apenas contabilizada); constituirse en una comunidad independiente (como Andorra, Mónaco, Liechtenstein, San Marino, etc...), aunque bajo cierta comandancia de España y Gran Bretaña, manteniendo desde luego la base de la NATO, y, finalmente, continuar bajo la tutela británica, aunque pactando con España una fórmula de convivencia. La segunda alternativa, la de un enclave con cierta independencia, tiene, indudablemente, el mayor número de seguidores. La desconfianza hacia España es profunda y con sólidas argumentaciones (menor nivel de vida en las zonas próximas, "en el Gobierno siguen los mismos que durante el fascismo, ¿ahora mister Cabanillas es demócrata y va a respetar nuestra cultura? ¿Por qué no nos defendió cuando era ministro de Información y Turismo de Franco, cuando se prohibía contar la verdad sobre Gibraltar?"). Existe ya una generación de gibraltareños que se ha despegado de España. Estudia el inglés, ha aprendido como idioma secundario el francés y comienza a defenderse en árabe. El español ha quedado reducido a una jerga coloquial que malamente escribe. La desconexión entre España y los gibraltareños es más grave de lo que habitualmente se considera en la Península. "¿Querían que fuésemos españoles —replica un gibraltareño ante la guardia de impolutas guerreras blancas en el palacete de mister Josuah Hassan—, ¿por qué noh trataron como apesztah?". El cierre de la frontera y el corte —aún existente— de las comunicaciones telefónicas es una herida difícil de cicatrizar. Ante la verja, los turistas británicos de vuelo charter ("You are guaranteed one of the warmest welcomes you've ever had") se fotografían delante del portón inglés, abierto en las tradicionales horas de paso de frontera, teniendo como fondo las alambradas españolas. "En el muro de Berlín —dicen los guías—, permiten el paso de fami-

lah, aunque zolo zea en Naviáa".

Vinculado al problema de Gibraltar, Ceuta asoma en la enfilada de Punta Europa. Las autoridades marroquíes que han apoyado a España en sus reivindicaciones sobre el Peñón (siempre que como contrapartida se negociase Ceuta, Melilla y los peñones) no verían con buenos ojos una apertura de fronteras. El paro de la zona Norte de Marruecos se palia, en parte, con los trabajadores en Gibraltar (casi todos colocados en el arsenal o en los diques y astilleros, además de los servicios derivados del turismo). Tánger es, además, un beneficiario directo del cierre de la frontera española. Durante el verano, tres veces por semana llegan riadas de turistas británicos dispuestos a gastarse libras adquiriendo "souvenirs" en el zoco.

Los trabajadores gibraltareños son los privilegiados, cubiertos por una Seguridad Social eficiente (poseen hospital civil, además del de la Royal Navy, asilo de ancianos lujoso, etc.), disfrutan de las Council Houses, viviendas edificadas en terrenos comunales, cuyo arriendo es bajo (un dos plazas, con baño, cocina y terraza, se alquila en menos de dos libras semanales). No les interesa penetrar en la crisis económica española, sobre todo si se tiene en cuenta que en la zona del campo de Gibraltar la situación de los parados españoles es agobiante. "Ahí dentro —dicen, señalando a la costa española con cariño— ziempre ze paza hambre, la culpa la tienen loh mihmoh". En los "docks" gibraltareños atraca majestuosamente la fragata "Birmingham", considerada como la más actualizada de la Royal Navy. "Los inglazah noh han tratao con respeto", aseguran sentenciosos, mientras en el Harry's Bar se sirve la última ronda de cerveza morena.

La isla mediterránea mantiene, sin embargo, comunicaciones con España. Desde Madrid hay un vuelo semanal a Gibraltar (BEA) y los yates de los gibraltareños pueden recalar en el Puerto Banús o en Estepona, donde ya hay establecido un comercio sobre legumbres y verduras. Solamente cuarenta llanitos —los mejor situados económicamente y con posibles vinculaciones a negocios españoles— pueden atracar en el puerto de Algeciras. Desde el York Club hasta el Club Náutico es una breve travesía en el arco de la gran bahía de Algeciras. La ficción de la incomunicación se mantiene únicamente en La Línea, precisamente donde más familias tienen ramas a ambos lados.

Cuando se abra la frontera —se comenta que en principio será sólo para peatones—, los españoles descubrirán una isla, plagada de flores, con un turismo seleccionado. Todo un mundo hasta ahora oculto por la propaganda oficial de la dictadura. Posiblemente Gibraltar, arracimado en breves mesetillas, a caballo entre el agua y la montaña, dejará de ser una isla. Perderá, indudablemente, su carácter íntimo. Los llanitos, conglomerado de razas mediterráneas, se adaptarán, una vez más, a la nueva situación, y la Roca, inmutable, seguirá siendo el pilar europeo del Estrecho. ■ F. G. (Fotografías del autor.)